

do á la ambicion; el de la conciencia moral gobernando la conducta y produciendo la santidad, y el de la conciencia filosófica combinando la lei al capricho de la razon para sofocar los remordimientos. La lucha, señores, en último resultado se ha reducido á esto: la razon contra la fe; la naturaleza contra la gracia; la carne contra el espíritu; los intereses morales que establecen las condiciones, garantizan el derecho y reglan el uso de los bienes terrenos, contra los intereses materiales que, despedazando todo código, sacudiendo toda traba, se enseñorean de toda la sociedad; los sentimientos, que estrechan á toda la sociedad con los vínculos del amor, contra el cálculo frio, que de nada se afecta, y resuelve aritméticamente las cuestiones sociales, las cuestiones políticas, las cuestiones internacionales, que mide por la suma invertida y utilizada los exterminios de la guerra y la sangre de los pueblos, y justifica ó condena los grandes hechos sociales por la alta y baja representada en las cifras numéricas; las virtudes morales, fuente de las virtudes sociales, cuyo poder ha producido el heroísmo, contra la indiferencia religiosa y política, que ha cerrado el corazon para Dios y la patria: por último, la fuerza poderosa de la verdad, la virtud y la felicidad sosteniendo la unidad de un pueblo, contra la fuerza material, cuya última faz política se reconcentra en el individuo, debilitando proporcionalmente á la sociedad. ¿Cuál es la última sinópsis de la secta de nuestros dias? La triple muerte del espíritu religioso, de la moral social y del patriotismo.

Seria necesario escribir mucho para desarrollar estos conceptos: la historia de tres siglos, señores, en Europa, y de algunos lustros en América, son una prueba tristísima de esta verdad.

“Los golpes dados en Europa á la sociedad y á la religion, resuenan todavía, dice un escritor, hasta las riberas de la América, y hasta lo interior de sus bosques ensangrentados. Sí, ha venido el castigo sobre los hombres; ni aun el orgullo filosófico puede negarlo: han sido castigados como nunca jamas lo fueron. ¿Pero se han corregido? ¡Ay! donde quiera que vuelvo los ojos, veo al rededor de mí la rebelion escrita en las frentes, señaladas por el rayo de las divinas venganzas: si aplico el oido, escucho blasfemias altaneras y risas mofadoras. Dios es todavía un objeto de escándalo para los que habian jurado aniquilarle; y guardáos de pensar que hayan perdido la esperanza ni abandonado el designio de destronarle. Si queda todavía, si subsiste aún un resto de fe, si la tierra es aún esclava de la esperanza, solo es, dicen, porque se ha atacado mal al cielo.

¡Cuán grato fuera para mí, señores, al ponderar la necesidad que tenemos de conservarnos á toda costa en la unidad católica, como el fundamento del orden y la paz, al pintaros los desastres horribles causados en el mundo por los enemigos de la Iglesia, al mostraros ese campo de ruinas amontonadas en todas partes por la filosofia inerédula, esa parálisis moral, ese mortal desconcierto causado por el racionalismo en Europa, hablar en un pueblo sano y salvo de tantos males, exento y libre de la inmensa contaminacion, inmune todavía de esa lepra que corroe las viejas sociedades! Pero no es así por desgracia: el mal nos contagiaba mucho ántes de conocerle. Pudimos haberle conjurado á su tiempo con solo haber sido ménos ligeros y mas sensatos: pero le dejamos venir con imprudencia, le aceptamos con increíble temeridad. La Iglesia, nuestra madre, siempre alerta para conjurarle ántes de que arraigase, fué la primera en dar á nuestros mayores la voz de alarma, cuando esa filosofia bastarda que habia poblado de ruinas al viejo mundo, venia dando grandes pasos hácia nosotros, para seducirnos y perderlos. Léjos de faltar aquí esta maestra de la verdad á la noble mision que habia desempeñado en el mundo por mas de diez y ocho siglos, nos advirtió, que debiamos huir horrorizados, como de un veneno mortífero, de esa mentida ciencia, que perdió á la humanidad en su cuna y ha perdido á tantas naciones ilustres. Mas nosotros, fastidiados de vivir seguros y de ser felices, fascinados por el hermoso aspecto y delicado sabor de la nueva fruta, la comimos para nuestra desdicha, abandonámos el árbol de la vida por el árbol de la ciencia; y pocos años fueron bastantes para que el tósigo fatal hiciese aquí casi todos los estragos que habia causado por mas de dos siglos en Europa. ¡Insensatos! Cuando este genio del mal andaba como vergonzante, de incógnito, y ni aun en los tenebrosos clubs habia osado manifestar su rostro y abrir su corazon, le buscábamos con curiosa solicitud y le defendíamos con calor: hoy se pasea descarado y atrevido por entre nosotros, y apénas despierta nuestra atencion. La verdad católica parece haber ido retrocediendo á medida que nuestra vanidosa razon, bien avenida con los errores dominantes, los deja circular sin alarma, y aun sin extrañeza. Entre tanto, las máximas del Evangelio, despreciadas, las virtudes desconocidas, la conciencia relajada, los vicios dominantes trayendo consigo la muerte de todos los sentimientos, parecen anunciar que no está muy léjos el dia en que acabarán juntas aquí, tal vez para siempre, la religion y la nacionalidad.

¿Dónde está, señores, la magnífica realidad figurada en el pabellon mejicano? ¿Dónde está la paz con Dios, la paz con nosotros mismos, que á par con nuestra independencia representaba esta bandera en su triple color á la faz del Universo? ¿Qué suerte han corrido entre nosotros las creencias católicas y los sentimientos morales? ¿Dónde está hoy el espléndido y magestuoso culto de nuestras basílicas, y la moral severa de nuestros progenitores? ¿Dónde aquella cautelosa reserva contra los malos libros, las opiniones falsas y las máximas licenciosas? ¿Han encontrado acaso cerradas nuestras puertas, al cruzar el Atlántico, la propaganda cismática, la filosofía incrédula, la falsa política, el racionalismo ateo, el socialismo exterminador? ¿Está consagrada hoy en el respeto de todos la constitucion religiosa y la inmunidad sagrada de la familia? ¿El Señor nuestro Dios es aquí generalmente aclamado y obedecido como la fuente única del poder, como el primer objeto de los deberes individuales y sociales? ¿El honor de su Nombre Santo, el celo de su gloria, la magestad de su culto, son los objetos que dominan por entero nuestro corazon? ¿Su divina lei es hoy la pauta que arregla nuestros consejos, la justicia de su moral es el distintivo de nuestras obras? ¿La vida, la honra, la propiedad, son hoy día objetos garantidos, no solo por las leyes, sino tambien por las costumbres....? ¿Ah, señores! No seré yo quien responda á estas preguntas. Apenas me permiten hacerlas esos promontorios de ruinas con que tropiezan por donde quiera nuestros ojos, ese cúmulo inmenso de males y miserias que han trasformado en una casa de luto á toda la nacion, esos hondos y lastimeros gemidos que día por día y hora por hora hieren y despedazan nuestro corazon; este campo vastísimo de lágrimas y sangre que habitan temblando los hijos de la bella y deliciosa Méjico.

¿Gran Dios, que regís con vara de hierro y desbaratáis como una vasija de barro á los pueblos insensatos que sacuden el suave yugo de vuestra lei; que dais lecciones terribles á los reyes, príncipes y magnates, conjurados contra Vos; que con una sonrisa de vuestra ira lanzáis á la burla y universal desprecio los planes tenebrosos y los proyectos vanos de los pensadores del siglo, confabulados contra vuestra Esposa; que guardáis en los tesoros de vuestra indignacion esas tinieblas impenetrables, esas plagas diversas y terribles que atormentan y pierden á las naciones cuando con sus crímenes han cansado vuestra paciencia! Vos nos castigáis justamente, Señor, por los pecados de nuestros padres, y tambien por los nuestros, con todas las calamida-

des y miserias que pueden acibarar la vida de un pueblo. Gemimos inclinados bajo el peso de una inmensa y merecida tribulacion. Pródigos inexcusables ante vuestra recta justicia, hemos colmado la medida de los crímenes despues de haber arrojado al fango vuestros grandes beneficios y abundantes gracias! Pero, Señor: Vos sois, no solo un Dios de justicia, sino tambien un Padre de misericordia; no hai delito irremisible para el infinito amor que tenéis á vuestros hijos: castigáis á los pueblos incorregibles; pero perdonáis tambien á las naciones penitentes, que claman á vos llenas de fe, interesando en favor suyo vuestra clemencia. Nínive delincuente, sentenciada y colocada ya bajo la cuchilla exterminadora de vuestra justicia, desarmó vuestro brazo, moviendo vuestra misericordia, y reconquistó vuestro amor con su penitencia sublime. ¿Desesperará Méjico de conmoveos en los momentos en que, reconociendo y confesando sus pecados, derrama copiosas lágrimas á vuestros piés? ¿Desesperará, digo, cuando tiene de su parte, no solamente vuestra clemencia, sino tambien la tierna proteccion de María? ¿Desesperará esta nacion favorecida tan singularmente por el amor de tan piadosa Madre, que si ha elegido este suelo por residencia suya, es sin duda para no abandonarle?

¿No, Dios mio, no! ¡nunca desaparecerá la esperanza de nuestro espíritu y nuestro corazon! Vos habéis prometido escuchar la oracion humilde y acordar los beneficios que se os pidan con fe, constancia y solicitud; y nosotros, con la confianza que nos inspira esta promesa, clamamos á Vos por el remedio de tantos males, por la cesacion de esta guerra desoladora, por el retorno de esa paz anhelada, que cada día parece retirarse mas y mas de los horizontes de la esperanza; de esa paz que del mundo no puede venir, pero que reaparecerá sin duda, como el sol despues de la tempestad, al sublime *fiat* de vuestra voluntad omnipotente: *fiat pax in virtute tua.*

Mui tristemente aleccionados en la escuela de la desgracia, instruidos á pesar nuestro por las experiencias mas costosas y los mas crueles desengaños, hemos apartado nuestra esperanza de todo lo que no sois Vos: porque si ha de volver á Méjico la deseada paz, esto será, no por la fuerza de las armas, cuyo éxito nunca deja de ser dudoso y cuyos resultados son precarios, no por las combinaciones políticas de intereses, que de ordinario no son sino las treguas de las pasiones; sino solo por el poder irresistible de vuestro brazo, por la eficacia infinita de vuestro querer: *fiat pax in virtute tua.*

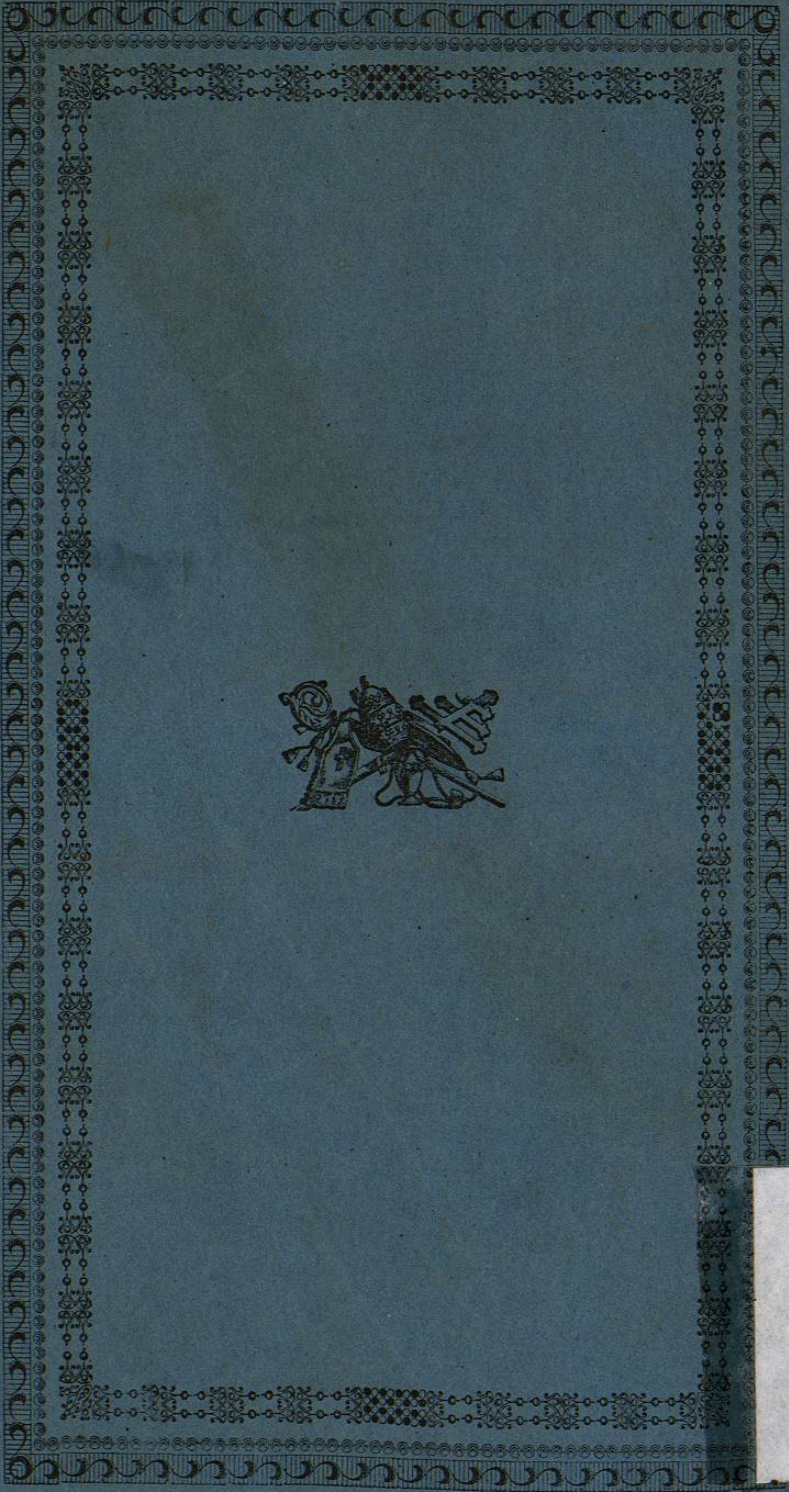
Venga, pues, ¡oh Dios mio! este precioso don sobre todos nosotros:

sobre la Iglesia desolada, sobre el Estado roto y deshecho á los reiterados golpes de la anarquía, sobre esta sociedad, cubierta de heridas, agotada de sangre y henchida de miserias: *fiat pax in virtute tua.*

Enviad, Señor, á nosotros esas gracias preventivas que disponen el corazón, esas gracias eficaces que deciden la voluntad, esas gracias permanentes que conservan el concierto y armonía con vos, consigo y los demás en los individuos y en los pueblos: la santidad de los deseos, la rectitud de los consejos y la justicia de las obras, que previenen, realizan y perpetúan la paz en la tierra: *fiat pax in virtute tua.*

Apiadáos, oh Padre, de esta nación infeliz, penetrada de dolor, víctima de todas las desgracias, que desfallece consumida en el lecho de la muerte. Mirad cómo la persiguen todas las plagas desoladoras, y cómo el hambre espera para devorar á las víctimas escapadas de la guerra. Compadecéos, Señor, de nosotros: enviadnos el remedio universal que nuestros males piden: paz, que restituya los bienes perdidos por la guerra, y alimento abundante, que salve de la muerte á vuestros hijos amenazados por la hambre desoladora: *fiat pax in virtute tua, et abunda in turribus tuis.*

Que acaben para siempre, Señor, esos odios enconados, que perpetúan la guerra entre nosotros; esos intereses injustos, que han roto nuestros vínculos sociales; esas pasiones intransigibles, que han transformado en un circo de gladiadores á un pueblo de hermanos. Dadnos ¡oh Padre! á todos vuestra gracia; visitadnos con los preciosos recuerdos; excitad la contrición más punzante y viva en nuestras almas, para que llorando amargamente nuestros pecados, y uniéndonos por la penitencia, marchemos juntos, bajo los auspicios de la verdadera paz, por los senderos de vuestra santa ley, hasta incorporarnos por fin dentro de los muros de aquella ciudad alumbrada perdurablemente por Vos, patria de vuestros escogidos, mansión de la ventura y residencia de la gloria.



00